

## ¿Empirismo sin dogmas?\*

Joseph David de Jesús Villena  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

[Quine] was the first to give me the idea that there is such a thing as being right, or at least wrong, in philosophy, and that it matters which.

Donald DAVIDSON

### El proyecto

La crítica de Quine es conocida. Desde el *Essay* de John Locke hasta el *Aufbau* de Rudolf Carnap, el empirismo moderno se ha erigido posiblemente sobre dos creencias mal fundadas.<sup>1</sup> La primera, compartida con los racionalistas, consiste en postular una distinción de orden fundamental entre verdades analíticas, aquellas cuyo necesario valor de verdad depende de su significado sin tomar en consideración los hechos, y verdades sintéticas o contingentes, aquellas cuyo establecimiento depende de *cuestiones de hecho* —en el sentido humeano del término.<sup>2</sup> La segunda creencia, el reduccionismo, consiste en suponer que todo enunciado significativo o con sentido es equivalente a un constructo lógico elaborado sobre la base de términos que se remiten a la experiencia inmediata.

Quine, autoproclamado empirista sin dogmas, pragmatista verdadero, naturalista, conductista y continuador de la obra del filósofo John Dewey, considera a ambas creencias meros artículos de fe. A su juicio, la noción de analiticidad en juego, no obstante cuán familiar nos resulte, no se puede hacer inteligible y, por tanto, emplearla carece de justificación racional, pues de apelarse a nociones como las de autocontradicción, significado, defini-

\* El presente trabajo obtuvo el primer puesto en el concurso de ensayo «Augusto Salazar Bondy» 2005, organizado por la escuela de Filosofía de la UNMSM.

1 Cf. QUINE, Willard Van Orman; «Two Dogmas of Empiricism» en *The Philosophical Review*, 60, 1951, pp. 20-43. Cf. LOCKE, John; *An Essay Concerning Human Understanding*. Oxford: Clarendon Press, 1987 y CARNAP, Rudolf; *La construcción lógica del mundo*, México: UNAM, 1988.

2 Cf. HUME, David; *An Inquiry Concerning Human Understanding*, Sec. 4.

ción, sinonimia e, inclusive, a la de reglas semánticas, para dar cuenta de la analiticidad, se incurriría en una explicación incompleta, ya que aquellas nociones necesitan ser aclaradas tanto como ésta. El dogma del reduccionismo, por su lado, depende del dogma de la analiticidad. En efecto, la distinción entre enunciados analíticos y sintéticos auspicia el establecimiento de una teoría verificacionista del significado, según la cual los enunciados sintéticos, al reducirse cada uno a cuestiones de hecho, es decir, en último término a datos particulares de la experiencia sensible inmediata, pueden ser confirmados o desconfirmados cada uno mediante la contrastación y el experimento. En palabras de Quine, el conjunto de ciencias configurarían, de algún modo, una especie de red humana que cubre la experiencia del mundo, y en cuya periferia el empirista dogmático, Carnap, Ayer o Peirce, ubica los enunciados sintéticos confirmables o disconfirmables en aislado, y al centro de la red, distante de los hechos, y sin relación con ellos, los enunciados analíticos como tautologías vacías y enunciados confirmables ipso «ipso». Es necesario que, una vez descartada por ininteligible la distinción entre analítico y sintético, se descarte también la teoría verificacionista del significado, versión sutil del reduccionismo empirista, y que el paso hacia el holismo y la infradeterminación sea inminente.

La crítica quineana ha minado el programa empirista del positivismo lógico. Es más, se presume que de un trazo lo haya destruido de una vez y para siempre. Bajo una interpretación peculiar de la parábola del marinero que reconstruye su barco mientras navega en él,<sup>3</sup> Quine sugiere no insistir más en la deducción de la ciencia a partir de datos observacionales y una reducción logicista y propone, a su vez, una nueva agenda para la epistemología, naturalizada y libre ya del fundamentalismo asociado a su presunto carácter de filosofía primera. La tarea es quizá la misma: Entender el vínculo entre observación y ciencia. Pero el método es diametralmente opuesto. Para Quine, deshechos los dogmas de la analiticidad y el reduccionismo, así como la posibilidad de construir un edificio lógico que explique la relación entre enunciados observacionales, experiencia y el corpus científico, no habría peligro alguno de incurrir en un razonamiento circular si se utiliza la

3 Formulada por Otto Neurath, su autor, la parábola es la siguiente: «Wie Schiffer sind wir, die ihr Schiff auf offener See umbauen müssen, ohne es jemals in einem Dock zerlegen und aus besten Bestandteilen neu errichten zu können» (Somos como navegantes que tienen que transformar su barco en alta mar, sin desmontarlo jamás en un dique para poder construirlo de nuevo con los mejores componentes). NEURATH, Otto; «Protokollsätze», en *Erkenntnis*, 3, 1932/33, p. 206.

información que brinda la psicología empírica, una entre tantas ciencias, para dar cuenta de *cómo* es aprendida y se desarrolla la ciencia misma, en tanto práctica y conocimiento de animales humanos finitos.<sup>4</sup> Este programa manifiestamente holista, y exhibiendo como corolarios las tesis de la inescrutabilidad de la referencia, la indeterminación de la traducción, la infradeterminación de la teoría, y el relativismo conceptual,<sup>5</sup> se ha impuesto como paradigma de investigación dominante dentro de la filosofía analítica en los últimos cincuenta años, sea de manera ortodoxa o heterodoxa, pues el desencanto con respecto del positivismo lógico es un sentimiento generalizado en los sectores más amplios de esta comunidad, y la reacción en su contra va desde las moderadas, como las que formulan, entre otros, Donald Davidson y Hilary Putnam, hasta las extremas formas de relativismo conceptual o cultural como las de Norwood Hanson, Paul Feyerabend, Thomas Kuhn y el conocido Richard Rorty.<sup>6</sup>

Una filosofía sugerente y hasta cierto punto iconoclasta y nihilista como la de Quine invita, por supuesto, a las consecuencias antedichas, pero también a su propio descrédito, y aun a su misma refutación.

Entendámonos.

Quine pinta el cuadro de la ciencia como un campo de fuerzas cuyas condiciones límite son la experiencia, y afirma que ninguna en particular se encuentra conectada con un enunciado particularizado dentro de este campo, excepto mediante «consideraciones de equilibrio» que, afectando el campo como un *todo*, permiten elegir a voluntad qué enunciados someter a reajuste cuando aquélla se presenta a manera de ejemplo en contrario para la teoría del caso. Cualquier enunciado podría ser, por tanto, confirmado, y, por lo mismo, también desconfirmado. Así, resulta engañoso hablar del contenido empírico de un enunciado *singular*, y absurdo buscar un límite entre

4 Cf. QUINE, Willard Van Orman; «Epistemología naturalizada», en *La relatividad ontológica y otros ensayos*. Madrid: Tecnos, 2002, pp. 101 y ss, y QUINE, Willard Van Orman; «Cinco hitos del empirismo», en *Teorías y cosas*. México: UNAM, 1986, pp. 87-93.

5 Cf. QUINE, Willard Van Orman; «On What There Is», en *Review of Metaphysics*, vol. 2, n.º 5, 1948, pp. 21-38, y «Hablando de objetos» y «Relatividad ontológica», en *La relatividad ontológica*, pp. 13-41 y 43-91, respectivamente.

6 Cf. HANSON, Norwood R.; *Observación y explicación*. Buenos Aires: Paidós, 1979; FEYERABEND, Paul K.; *Límites de la ciencia: explicación, reducción y empirismo*. Barcelona: Paidós, 1989; KUHN, Thomas S.; *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: The University Press of Chicago, 1970; RORTY, Richard; *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1983; RORTY, Richard; *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos, 1996.

enunciados sintéticos y analíticos.<sup>7</sup> En tanto instrumentalista, Quine piensa que la función de lo que llama *esquema conceptual* de la ciencia se reduce a la de simple utensilio predictivo apoyado en la experiencia pasada y, lo que *parece ser* más sorprendente, que los objetos físicos que constituyen su ontología, tanto los macroscópicos como los microscópicos, así como las fuerzas de la naturaleza, las clases y funciones matemáticas, son importados como «puestos culturales» (*cultural posits*) tan sólo a causa de su conveniencia, al igual que Homero importa los dioses del Olimpo para dar estructura y sentido a sus poemas. La doctrina de Quine, acaso en su símil más célebre, llega a postular que entre los objetos de la ciencia y los dioses de Homero la diferencia es de grado y no de tipo epistemológico, pues encuentra obvio que, en su condición de instrumento, la creencia en objetos físicos permite un trabajo más productivo y redituable que el que se obtendría de utilizar la creencia en dioses para explotar el mundo.<sup>8</sup> ¿Pero cuán libre de prejuicios y dogmas resulta esta nueva concepción empirista?

Es propósito del presente ensayo trazar en detalle el desarrollo de una teoría filosófica que, asumiendo como válida la parte negativa de la crítica quineana del empirismo tradicional, desemboca en una crítica de lo más radical que hay en su parte positiva, es decir, del relativismo conceptual generado por no advertir dentro de sus premisas la presencia de un tercer dogma: El dualismo esquema-contenido. La teoría aludida se encuentra en la obra dispersa del filósofo naturalista Donald Davidson, estudiante de Quine recientemente fallecido. Es cierto: La empresa de Davidson es tal vez más modesta que la de su mentor. Ello se revela ya en el hecho de que, a diferencia de Quine, nunca expuso su pensamiento en un tratado sistemático, sino a través de numerosos artículos a lo largo de cinco décadas y terminados de compilar en mayo de este año, cuyas tesis, aunque imbricadas entre sí, son muchas veces redundantes y, por momentos, hasta incompletas.<sup>9</sup>

7 Cf. QUINE, Willard Van Orman; «Contenido empírico», en *Teorías y cosas*, pp. 37-44.

8 Cf. QUINE, «Two Dogmas of Empiricism», § 6.

9 La referencia es a la publicación del quinto tomo de sus ensayos filosóficos, y a un volumen complementario editado por Harvard University Press. Cf. DAVIDSON, Donald; *Truth, Language, and History*. Nueva York: Oxford University Press, 2005; y DAVIDSON, Donald, *Truth and Predication*. Cambridge: Massachusetts, Harvard University Press, 2005. Aunque la literatura exegética que ha despertado Davidson es abundante, a pesar de la relevancia de su filosofía no se ha podido escribir sino hasta fecha reciente un estudio comprensivo en dos volúmenes de su obra. Cf. LEPORÉ, Ernest y Kirk LUDWIG; *Donald Davidson: Meaning, Truth,*

Preocupado desde el inicio de su carrera por explicar la estructura de la racionalidad humana,<sup>10</sup> y considerando a los seres humanos como animales lingüísticos y finitos, Davidson ha querido hacer inteligible la naturaleza de la acción y de los lenguajes naturales, así como —asumiendo la composicionalidad como característica necesaria de estos lenguajes— esclarecer el concepto ordinario de significado y no reconstruirlo, como pretendió Quine. Poseer un lenguaje sería, finalmente, tener la capacidad de interpretar o conocer el significado de las palabras de otro, y hablar de modo que uno mismo sea interpretable para él. El programa semántico de Davidson se realiza en la construcción de una teoría composicional del significado para lenguajes naturales basada, con las modificaciones del caso, en el modelo teórico de definición de la verdad que Alfred Tarski instituyó para lenguajes formales.<sup>11</sup> La prueba empírica que deberá afrontar esta teoría para ser validada como tal pasa por hacer las veces de teoría de la interpretación radical mediante la que un sujeto ignorante de la lengua y actitudes proposicionales de otro, pero asido de la facultad de reconocer sus asentimientos como evidencia, llegue a conocer el significado de las expresiones en un inicio arcanas de aquél. Una consecuencia de este enfoque es postular la necesidad de la *caridad* como principio de orden trascendental para la interpretación del discurso; y otra, implicada por ésta, y por la posición de tercera persona que asumiría el intérprete radical, y el consiguiente rechazo del empirismo que excluye el carácter social y unificado del conocimiento empírico, es la afirmación de una racionalidad universal y la negación del error masivo junto con la existencia de «esquemas conceptuales» totalmente distintos, o «inconmensurables», si se ha de utilizar la expresión introducida por Kuhn y Feyerabend para dar cuenta de su relativismo.

Las siguientes secciones pretenden describir con minuciosidad la compleja línea argumentativa a través de la cual Davidson, no obstante suscribir la inescrutabilidad de la referencia y la indeterminación de la interpretación, pone al descubierto como propias de la doctrina de un «empirista dogmático» las consecuencias relativistas que se desprenden de los principios de la filosofía de Quine.

*Language and Reality*. Nueva York: Oxford University Press, 2005; *Donald Davidson: Truth-Theoretic Semantics*, Oxford: Oxford University Press, 2005.

10 Cf. DAVIDSON, Donald, Patrick SUPPES y S. SIEGE; *Decision Making: An Experimental Approach*. Stanford: Stanford University Press, 1957.

11 Cf. TARSKI, Alfred; «The Concept of Truth in Formalized Languages», en *Logic, Semantics, Mathematics*. Oxford: Clarendon Press, 1956, pp. 152-278.

Teoría de la verdad *qua* teoría del significado

Una teoría del lenguaje deberá empezar especificando cuáles son las características que hacen posible que los lenguajes naturales sean aprendidos. Tal es la máxima de Davidson.<sup>12</sup> Y, aunque parezca obvia, es sabido que, por lo común, en tanto pauta metodológica, no se reconoce, al creerse que una descripción idealizada del proceso de aprendizaje de los lenguajes naturales cubriría el inicio de la teoría, antes que el haber especificado qué permite que estos lenguajes de capacidad expresiva infinita sean aprendidos por seres finitos como el animal humano. Así, la teoría impuesta, la que presuntamente iría de la mano con el sentido común, es la empirista. Esta línea de pensamiento sostendría que el proceso ostensivo en el cual consiste el aprender un lenguaje natural parte por la adquisición de nombres y predicados de objetos físicos, para luego llegar a la de predicados complejos, términos singulares de objetos inobservables y términos teóricos, dando en algún momento feliz el salto hacia la oración a través de expresiones como 'Fuego' o 'Gavagai'.<sup>13</sup> Algunos representantes contemporáneos de esta filosofía equiparan a la ostensión con una especie de «confrontación directa», sosteniendo, en este sentido, que es necesario que ciertos términos universales, al estar conectados con partes particulares de nuestra experiencia, sean aprendidos como predicados de particulares demostrativamente identificados, si se cree que han de ser entendidos de alguna manera.<sup>14</sup>

Frente a estas ideas, Davidson se declara escéptico. De acuerdo con su parecer, no habría razón alguna para pensar que el aprendizaje ostensivo de predicados esté relacionado con la jerarquía y prioridad epistemológicas de los términos «observacionales» —según el cuadro empirista— y que no pueda acaecer de otra manera. Tampoco habría razón para que la referencia a particulares sea a través de demostrativos. Además, afirma que el hablar de los datos de los sentidos es algo que se aprende después de hablar sobre objetos físicos.<sup>15</sup> Para Davidson, en suma, ninguna teoría del lenguaje que

12 Cf. DAVIDSON, Donald; «Theories of Meaning and Learnable Languages», en *Inquiries into Truth and Interpretation*, 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York: Oxford University Press, 2001, p. 3.

13 La alusión es a la frase nominal de Quine, quien en el capítulo dos de su *Word and Object* sugiere el proyecto de la traducción radical. Cf. *Word and Object*. Cambridge: Massachusetts, MIT Press, 1960; pp. 26-79.

14 La alusión es a P. F. STRAWSON, «Singular Terms, Ontology and Identity», en *Mind*, n.º 65, 1956, p. 446, citado por DAVIDSON, «Theories of Meaning and Learnable Languages», pp. 5 y ss.

15 Cf. *Ibid.*, pp. 4 y ss.

ignore la característica necesaria de los lenguajes naturales, en tanto lenguajes que pueden ser aprendidos, es una teoría filosóficamente satisfactoria. Y esta característica no sería otra que el hecho de que permitan dar cuenta constructiva o en términos composicionales del significado de sus oraciones o, lo que es lo mismo, de que el lenguaje tenga un número finito de primitivos semánticos.<sup>16</sup> Pues, de suceder lo contrario, es decir, en el caso de que exista una infinidad de expresiones primitivas, tomaría un tiempo infinito aprenderlas y, así, al ser imposible que un hablante llegue a conocerlas en su totalidad, nunca alguien aprendería en sentido estricto un lenguaje. Pero es una cuestión de hecho que los humanos aprenden a dominar los lenguajes naturales. Se revela, entonces, como absurda la idea de atribuir infinitud al conjunto integrado por los primitivos semánticos, siendo necesario aceptar que es un conjunto finito y que nuestra comprensión del número potencialmente infinito de oraciones depende de la comprensión previa del significado de estos primitivos y de sus modos de combinarse. Esta explicación es, en principio, la teoría del significado.<sup>17</sup>

Pero considérese que, aunque Davidson no conceda entidad al significado como objeto abstracto al cual se refiera cada palabra, no decide hacer a un lado los significados de palabras y oraciones por su identidad oscura sino porque, en general, y paradójicamente, no son útiles para construir una teoría del significado.<sup>18</sup> En efecto, es posible intentar dar cuenta de los significados de expresiones complejas sin requerir de significados para cada una de sus partes, llegando a trivialidades como 'las oraciones sinónimas son

16 Una expresión es un 'primitivo semántico' si las reglas que dan el significado para las oraciones en las que no aparece no son suficientes para determinar el significado de las oraciones en las que sí aparece. Cf. *Ibid.*, p. 9.

17 O el «proyecto inicial», como LePore y Ludwig lo han denominado en fecha reciente para marcar la diferencia con lo que identifican como «proyecto extendido» en la semántica de Davidson. Estos comentaristas declaran que el proyecto inicial no guarda relación directa con la búsqueda del significado de las expresiones primitivas, estando limitado a mostrar cómo contribuyen con el de las oraciones complejas para, así, argumentar a favor del carácter composicional del lenguaje. El proyecto extendido, por otra parte, deshecha como inútil la noción reificada de significado para apelar a la teoría de la verdad como herramienta que nos permita comprender los significados de las oraciones complejas y de los primitivos que las componen. Cf. LEPORE y LUDWIG; *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language and Reality*, pp. 22 y ss. y pp. 74 y ss.

18 Una teoría *composicional* del significado. Es ya célebre su imagen: «Paradoxically, the one thing meanings do not seem to do is oil the wheels of a theory of meaning». DAVIDSON, Donald; «Truth and Meaning», en *Inquiries*, p. 20.

aquellas cuyas partes son sinónimas'. Para ello, identificándose el significado de un término singular con su referencia, se enunciaría una teoría que implique toda oración de la forma 't se refiere a x' donde 't' sea reemplazada por una descripción estructural de un término singular, y 'x' por el mismo término. Sin embargo, aun así, las dificultades persistirían, pues los términos lógicamente equivalentes tienen la misma referencia, y un término singular no cambia su referencia si un término singular contenido es reemplazado por otro con la misma referencia.<sup>19</sup>

Davidson, por su parte, sugiere que, al describir la habilidad de una persona que ha aprendido a hablar, debemos, en virtud de una teoría adecuada ser capaces, por un lado, de extraer la gramática del lenguaje en cuestión considerando expresiones tan sólo en su aspecto formal y, por otro, de especificar, también bajo consideraciones puramente formales, qué significa cada oración, concibiendo su significado como una función de un número finito de sus componentes. Es manifiesto que ésta es una postura holista, pues si el significado de las oraciones depende de la estructura de éstas y, a su vez, el significado de cada primitivo semántico es entendible sólo como abstracción del conjunto potencial de oraciones en las que aparece, entonces, ofreceremos el significado de cualquier oración (o palabra) siempre que hagamos lo propio con cualquier oración (y palabra) en el lenguaje.<sup>20</sup> De este modo, comprenderíamos cómo es que se da la consecución finita de una aptitud infinita, esto es, el aprendizaje de un lenguaje. Por ello, si un lenguaje dado carece de las condiciones que lo hagan objeto de este examen, no importa cuántas oraciones un hablante potencial aprenda a producir y entender, siempre permanecerán otras cuyo significado no ha sido dado por las reglas dominadas, no siendo, entonces, este lenguaje natural, pues no podría ser aprendido. Ahora bien, la estructura de la teoría que nos permita dar esta explicación es —aunque relativizada a tiempos, lugares y circunstancias— idéntica a la del tipo de definición tarskiana del concepto semántico de verdad. A juicio de Davidson, ya que esta definición hace explícitas las condiciones bajo las cuales cada oración *o* es verdadera en el lenguaje *L* bajo estudio, proporciona también un método efectivo para determinar lo que significa cada oración *o* en ese mismo lenguaje *L* sin que esto, por

19 Cf. *ibid.*, p. 19. Davidson extrae el ejemplo de Alonzo CHURCH; *Introduction to Mathematical Logic*. Princeton: Princeton University Press, 1956, v. I, pp. 24 y ss.

20 «Frege said that only in the context of a sentence does a word have meaning; in the same vein he might have added that only in the context of the language does a sentence (and therefore a word) have meaning»; *op. cit.*, p. 22.



supuesto, implique igualar la noción de significado con la de condiciones de verdad.<sup>21</sup>

A partir del siguiente esquema:

(V) *o* es V si y sólo si *p*

lo requerido por Davidson, dentro de las directrices de la convención V de Alfred Tarski, pero esta vez como condición de adecuación material para una teoría del significado en un lenguaje *L*, es que, sin apelar a noción semántica distinta a la de verdad, satisfacción y referencia, implique *todas* las instancias del esquema V cuando 'o' es reemplazado por una descripción estructural de *cualquier* oración de *L*, y 'p' por esa oración *o*, en su defecto, por su traducción si *L* no está incluido en el metalenguaje del caso. Así, las oraciones para las que el predicado 'es V(erdadero)' se aplica son sólo las oraciones verdaderas de *L*. Por ello, de contener una definición recursiva de la verdad en *L*, una teoría del significado para este lenguaje muestra «cómo los significados de las oraciones dependen de los significados de las palabras».<sup>22</sup>

Llegado a este punto, Davidson no puede evadir la objeción inmediata de que el lenguaje *L* paradigmático del cual habla Tarski y su convención V es un lenguaje formalizado y que, por consiguiente, no habría razón que justifique extender sus observaciones al respecto hacia lenguajes naturales, aquellos para los que Davidson pretende enunciar una teoría del significado. Es más, Tarski rechaza desde el inicio la sola idea de definir el concepto de verdad de modo consistente y no confuso en el lenguaje cotidiano por la

21 Cf. DAVIDSON, «Theories of Meaning and Learnable Languages», p. 8, y Donald DAVIDSON, «In Defence of Convention T», en *Inquiries*, pp. 70, 74 y ss.

22 Cf. DAVIDSON; «Truth and Meaning», p. 23. Para Davidson, «to give a recursive theory of truth for a language is to show that the syntax of the language is formalizable in at least the sense that every true expression may be analysed as formed from elements (the 'vocabulary'), a finite supply of which suffice for the language by the application of rules, a finite number of which suffice for the language», *op. cit.*, p. 57. En otras palabras, se dice que la definición de un concepto *x* es recursiva, si parte especificando una subclase de los objetos que, de alguna manera, instancian o ejemplifican dicho concepto, para, luego especificar (implicar) al resto de los objetos que también lo instancian mediante una relación con los objetos de la primera subclase. Esto es lo que hace la convención V de Tarski con el predicado 'es verdadero' al no ocuparse de una definición en términos esenciales del concepto 'verdad'. En efecto, la convención V implica para toda oración del lenguaje objeto *L* un teorema u oración-V en donde son especificadas sus condiciones de verdad. Para mayores detalles, Cf. TARSKI, *op. cit.*

facilidad con la que se incurriría en paradojas semánticas de la familia del mentiroso y porque, a final de cuentas, no hay de dónde asirse para aplicar la metodología de las ciencias formales con corrección.<sup>23</sup>

Nuestro hombre, es cierto, admite este reparo. Pero no le interesa depurar de «términos ambiguos» a los lenguajes naturales, pues la ambigüedad no afectaría la forma gramatical, y pudiendo ser traducida, ambigüedad por ambigüedad, al metalenguaje, «una definición de la verdad no nos diría ninguna mentira».<sup>24</sup> Además, para él, bastaría con decir que las paradojas semánticas surgen sólo cuando se es «demasiado generoso» con el alcance de los cuantificadores del lenguaje objeto, para que resulte claro que estos presuntos vicios del lenguaje en cuestión no constituyen un obstáculo conceptual para el despliegue normal de su propuesta. Habría, pues, que procurar evitarlos a través de ciertas modificaciones en el lenguaje natural. Davidson es consciente, no obstante, que de llevar a cabo esta tarea, el lenguaje natural terminaría siendo irreconocible antes de que se pueda aplicar sobre él con toda soltura los métodos formales de la semántica, y que, de esta manera, su teoría del significado iría contra su propósito inicial de comprender y describir la naturaleza del lenguaje, optando por cambiarlo para satisfacer criterios puramente teóricos y ajenos a los de la comunicación en sí.<sup>25</sup> Sin embargo, esta implicancia, aunque plausible, tampoco es un obstáculo para la propuesta de Davidson, pues aduce que Tarski enseñó cómo elaborar una teoría para lenguajes formales interpretados de diversas maneras, y que es necesario que exista uno muy parecido —en este caso— al inglés, el cual, al haber sido explicado en esta lengua y contener, por tanto, mucho de ella, deberá concebirse como una parte del inglés para quienes lo aprendieron y entienden. De acuerdo con esta hipótesis, un fragmento de un lenguaje natural como el inglés satisfaría la adecuación material de la convención V y sería, en consecuencia, posible que se extienda la teoría a oraciones del inglés natural que tengan las mismas condiciones de verdad que algunas oraciones de su fragmento.<sup>26</sup>

23 Cf., *ibid.*, p. 165.

24 Cf., *op. cit.*, p. 30.

25 Davidson no es un reformista: «Like Quine, I am interested in how English and languages like it (i.e. all languages) work, but, unlike Quine, I am not concerned to improve on it or change it. (I am the conservative and he is the Marxist here)». DAVIDSON, Donald; «Reply to Quine on Events», en LEPORE, Ernest (ed.); *Actions and Events: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*. Oxford: Blackwell, 1985, p. 172.

26 Cf., *op. cit.*, pp. 28 y ss.

Por último, Davidson tampoco evade las acusaciones de que, a diferencia de Tarski, quien pensaba que una teoría semántica para un lenguaje debía poder ser enunciada por cualquiera sin que se altere el valor de lo enunciado, él no podrá hacer efectivo tal desiderátum en su proyecto de aplicar una teoría de la verdad de este estilo como teoría del significado a los lenguajes naturales, lenguajes atiborrados de demostrativos, y en donde la *misma* oración puede ser en un tiempo, o para un hablante, verdadera, y en otro tiempo, y para otro hablante, falsa. Es previsible que, siguiendo su «política conservadora» Davidson no elimine los demostrativos del lenguaje natural, sino que, antes bien, modifique su teoría para que los incluya y, aun así, satisfaga sus requerimientos formales. Decide, por ello, tratar a los demostrativos como términos constantes. El resultado que arroja esta salida es que para cada expresión conteniendo un demostrativo, la teoría deberá implicar una oración-V que relativice a un tiempo, hablante y circunstancias, las condiciones de verdad de las oraciones en las que aquella expresión ocurra.<sup>27</sup> Se aprecia, pues, que el esquema V original ha sido alterado, y que sus instancias, las oraciones-V, presentan ahora las siguientes características:

- (a) 'Estoy cansado' es verdadera en tanto  
(potencialmente) hablada por p en t si y sólo si  
p está cansado en t.

27 Cf., *ibid.*, pp. 33 y ss, y DAVIDSON, Donald; «Semantics for Natural Languages», en *Inquiries into Truth and Interpretation*, p. 58. Davidson admite que, a pesar de esto, permanecen muchas otras dificultades que vadean antes que su propuesta quede inmune a futuras objeciones, tales como las que se originarían debido a su ignorancia con respecto de la forma lógica de oraciones contrafácticas, subjuntivas y probabilísticas, así como, entre otras cosas más, del no saber cuál es el rol lógico de los adverbios, y de no haber ofrecido una explicación clara sobre oraciones de creencia, percepción e intención —además, por cierto, de que su propuesta daría pie a pensar que oraciones sin valor de verdad, como los imperativos e interrogativos, no tendrían significado. Pero, finalmente, el desarrollo de su programa de investigación luego de enunciado consiste en subsanar las aparentes dificultades que presentan estas expresiones de modo que pueda aplicárseles el paradigma de Tarski. Al respecto de esto último ver Donald DAVIDSON, «Quotation», «On Saying That» y «Moods and Performances» en sus *Inquiries*, pp. 79-92, 93-108 y 109-121, respectivamente; «The Logical Form of Action Sentences», «Causal Relations», «The Individuation of Events», «Events as Particulars» y «Eternal vs. Ephemeral Events», en *Essays on Actions and Events*, 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York: Oxford University Press, 2001, pp. 105-122, 149-162, 163-180, 181-188, 189-203, respectivamente.

(b) 'Ese libro es robado' es verdadera en tanto (potencialmente) hablada por p en t si y sólo si el libro demostrado por p en t fue robado antes de t.

### Teoría de la verdad *qua* teoría de la interpretación

La teoría davidsoniana del significado recién esbozada pretende ser una teoría empírica correcta que explique el funcionamiento de un lenguaje natural y, por consiguiente, una teoría que, mediante la comparación de sus consecuencias con los hechos, esté sujeta a ser contrastada. Lo que, como es de intuir, en el caso presente acaece de modo inmediato, aun cuando, con una oración-V para cada oración del lenguaje objeto *L*, dispongamos de un conjunto infinito de consecuencias, pues aquélla es una definición recursiva y el lenguaje objeto estaría incluido en el metalenguaje, lo que permite que *p*, es decir, las condiciones de verdad de una oración *o*, sea reemplazada, de alguna manera, por la misma oración *o*. Pero debe considerarse que no es necesario que el lenguaje objeto esté incluido en el metalenguaje. De hecho, relativizando la teoría de la verdad a tiempos y hablantes, de modo que haga las veces de teoría del significado para el lenguaje natural, se debe estar en condiciones de especificar un tipo de prueba empírica que permita contrastar esta teoría, en tanto enunciada en un lenguaje particular como el castellano, dentro del dominio de oraciones pertenecientes a un lenguaje natural foráneo y que, para el caso, sea desconocido para quien eventualmente cubra la tarea de someter a contraste último la propuesta semántica de Davidson. Este tipo de prueba, la interpretación radical, deberá, por supuesto, satisfacer una serie de constreñimientos de índole formal y empírica para que, a través de ella, se declare validada la teoría de la verdad *qua* teoría del significado, y se prosiga en el acto a desprender las posibles implicancias metafísicas y epistemológicas de esta filosofía.

Para Donald Davidson, toda comprensión del discurso de otro, sea hablante de la misma lengua o de una extranjera, involucra una interpretación radical.<sup>28</sup> Por ello, sugiere que es necesario inquirir sobre cuáles son las condiciones de posibilidad de la interpretación, es decir, poner en acto con la ayuda del lingüista y el psicólogo la construcción de una teoría filosófica en torno a lo que se debe saber para ser competente en la redescipción del

28 Davidson es enfático al respecto: «All understanding of the speech of another involves radical interpretation». Cf. «Radical Interpretation», en *Inquiries*, p. 125.

discurso de otro de cuya lengua o actitudes proposicionales sea por completo ignorante y, además, sobre cómo se dispuso de la evidencia pertinente.<sup>29</sup> Pero no se trata de dar cuenta de la adquisición empírica de datos particulares que nos permitan comprender el discurso de un determinado sujeto. Lo que se busca, antes bien, es enunciar una teoría general de la interpretación que nos capacite en el entendimiento efectivo de cualquiera de la infinidad de oraciones que el hablante objeto de estudio esté en condiciones de emitir. Esta teoría deberá, en principio, hacer explícito de manera finita lo que se requiere para la interpretación. Además, deberá estar refrendada por evidencia disponible al intérprete radical eventual que no sepa cómo interpretar las expresiones que la teoría tenga como correlato y que no conozca interpretaciones correctas modelo.<sup>30</sup> Ambos requisitos, a juicio de Davidson, sólo pueden ser satisfechos por el uso de una teoría explícitamente semántica, en particular, por una teoría tarskiana de la verdad, modificada de tal manera que resulte aplicable a los lenguajes naturales como teoría de la interpretación. Según ésta, las oraciones podrían ser interpretadas de saberse las condiciones de verdad bajo las cuales se afirman. La teoría, así, daría, por un lado, condiciones de verdad y, por otro, produciría interpretaciones al «dar el significado» de las oraciones de su lenguaje objeto.<sup>31</sup>

Por supuesto, ya se ha dicho cuán dudoso es que teorías de la verdad de este tipo puedan extenderse a un lenguaje natural. Como se sabe, en las teorías tarskianas rige la convención V, que implica para cualquier oración *o* del lenguaje objeto —en este caso, el lenguaje a ser interpretado— una oración de la forma:

(V) *o* es verdadera (en el lenguaje objeto) si y sólo si *p*,

siendo oraciones-V las instancias de (V) obtenidas al reemplazar 'o' por una descripción canónica de *o*, y 'p' por una traducción de *o*. Es obvio que las oraciones-V enuncian las condiciones de verdad usando los mismos elementos de las oraciones *o*. Y, en el caso de aplicar esta teoría a los lenguajes naturales, las oraciones-V deberían enunciar condiciones de verdad de oraciones *o* que contengan, entre otros, atribuciones de actitudes proposicionales, modalidad, contrafácticos y, aun, indicativos de autorreferencia que den pie a la paradoja. Esta vez Davidson pretende salvar dificultades dando

29 Cf. DAVIDSON, «Belief and the Basis of Meaning», *Inquiries*, pp. 141 y ss.

30 Cf., *op. cit.*, pp. 127 y ss.

31 Cf., *Ibid.*, pp. 131, 153.

cuenta del concepto de verdad no para todo el lenguaje, sino para una parte cuidadosamente seleccionada conteniendo una infinidad de oraciones que agoten el poder expresivo del lenguaje completo en cuestión. Asimismo, Davidson pretende unir cada una de las oraciones excluidas de la selección inicial a una o más de las oraciones para las que se caracterizó la verdad, y que muestran la estructura lógica de todas las oraciones.<sup>32</sup> Pero ¿cómo es posible justificar una teoría de la verdad como teoría de la interpretación apelando a evidencia previa a la interpretación?

Recuérdese que Tarski consideraba a las oraciones-V como verdaderas porque asumía a  $p$  como traducción de las condiciones de verdad de la oración  $o$ . Por su parte, Davidson *revierte* esta estrategia. En efecto, a diferencia de Tarski, quien asumía como dadas las nociones de sinonimia o traducción para definir a la verdad, su proceder consiste en tomar como noción básica a la verdad para, a partir de ella, dar cuenta de la traducción o interpretación, algo que podría efectuarse si se concibe la verdad como propiedad que puede o no ser adjuntada a expresiones que tienen de por sí una interpretación. Dicho de otro modo, Davidson no somete a examen sintáctico las oraciones-V para declarar su validez, pues la teoría de la interpretación radical que se propone aducir tiene como problemático el concepto de traducción implícito en la convención V, el cual, yendo contra la presunta ignorancia absoluta de nuestro intérprete, invita a pensar en un conocimiento previo del significado de las oraciones expresadas por el hablante. Para Davidson, sin embargo, no sería nada difícil enunciar la convención V sin apelar al concepto de traducción. Para ello, reemplaza 'p' en (V') por una oración que sea verdadera si y sólo si  $o$  lo es; con esto, asegura haber cubierto los constreñimientos formales que exigían una axiomatización finita de la teoría.<sup>33</sup>

Sin duda, la evidencia empírica de la que dispondría el intérprete radical para sostener la verdad de una oración-V obtenida en su trabajo de campo, no debe estar ligada al conocimiento de creencias e intenciones del hablante que expresa la oración  $o$ , pues la atribución de actitudes proposicionales requiere de una teoría con la misma evidencia que la de la interpretación. Es manifiesto, por otra parte, que la base evidencial deseable se constituya por expresiones no interpretadas, ya que de esta manera la teoría sería de naturaleza específicamente semántica, mientras que la evidencia, disponible aun para el investigador que no conozca la teoría, sería

32 Cf., *op. cit.*, p. 133.

33 Cf., *ibid.*, pp. 134, 153 y ss.

descrita en términos no semánticos y no lingüísticos.<sup>34</sup> Siguiendo a Davidson, será menester *asumir* que todo intérprete radical pueda reconocer el hecho de que, en cierto momento, y bajo circunstancias determinadas, el hablante del lenguaje a ser interpretado sostenga que una oración es verdadera (*hold a sentence to be true*) —i.e, que la asiente— en respuesta a eventos o condiciones de su ambiente circundante, aunque, como es manifiesto, no sepa de antemano cuál es el significado de esta expresión ni las creencias o intenciones que la auspician, pues es imposible conocer lo que significa alguien si no se sabe lo que cree, y no se puede saber lo que cree a menos que se sepa lo que él o ella significa. La interpretación radical quebraría este círculo al tener como supuesto el que sea posible reconocer el asentimiento de una oración sin conocer su significado ni las creencias del hablante que la expresa. A esto, se reduce la evidencia disponible que justifica el empleo de una teoría de la verdad como teoría de la interpretación, siendo la evidencia para la interpretación de una expresión particular, a su vez, evidencia para la interpretación de todas las expresiones de un hablante o comunidad, pues es lógica y temporalmente anterior.<sup>35</sup>

En resumen, una teoría como ésta postula que especificando las condiciones de verdad se llega a una interpretación. Y no sería la oración-V sola la que lo permitiría, sino su prueba canónica en donde es reflejada la forma lógica que la teoría asigna a la oración *o* revelando en cierta medida su significado, pues Davidson cree mostrar que el tipo referido de evidencia, a saber, la afirmación o asentimiento de una oración por parte del hablante, proporciona un test para aceptar las oraciones-V como correctas.<sup>36</sup> Así, por ejemplo:

34 Cf., *ibid.*, pp. 142 y ss.

35 Davidson admite que el afirmar una oración es una creencia, a saber, creer que la oración afirmada es verdadera. No obstante esto, y el haber negado la atribución de creencias como base evidencial plausible para la teoría de la interpretación radical, asume como evidencia de esta misma teoría al afirmar la veracidad o falsedad de las oraciones por parte del hablante. A su juicio, no se le podría objetar el incurrir en contradicción, pues la afirmación sería una creencia de las más simples, al poder ser aplicada a cualquier oración. Supone, así, que se sabe qué oraciones son afirmadas, restando por conocer qué significan. Cf., *ibid.*, pp. 142, 145 y 148, *op. cit.*, p. 135; también Davidson, «Thought and Talk», *Inquiries*, pp. 161 y ss.

36 Cf., *op. cit.*, pp. 135 y 138. Por supuesto, Davidson no sugiere que del hecho de que la interpretación radical de los lenguajes naturales *sea* posible se infiera que *deba* serlo. Cf. DAVIDSON, Donald; «Radical Interpretation Interpreted», en TOMBERLIN, J. E. (ed.); *Philosophical Perspectives: Logic and Language*. Atascadero: Ridgeview, 1994, vol. 8, p. 121. Ésta es una réplica a la crítica de la

(V'') 'It is raining' es verdadera (en inglés) cuando es hablada por  $x$  en el tiempo  $t$  si y sólo si está lloviendo cerca de  $x$  en  $t$ .  
tendría *prima facie* como evidencia de su verdad a

(E) Donald pertenece a la comunidad angloparlante, y Donald sostiene que 'It is raining' es verdadera el sábado en la mañana y está lloviendo cerca de Donald el sábado en la mañana.

Nótese que, para adquirir la condición de axiomas de una teoría de la verdad, el paso de la evidencia a las oraciones-V del nuevo esquema, deberá estar guiado por el así llamado principio de caridad.<sup>37</sup> Según éste, en un primer enfoque, el intérprete está en la obligación de conferir sentido en

que fue objeto por parte de Fodor y LePore, quienes sostienen que la interpretación radical, tal como la presenta Davidson, no sería posible y que, en realidad, no es siquiera una cuestión de hecho, sino un mero experimento mental que falla en su intento de dar cuenta de la naturaleza de la interpretación, pues no sería posible apelar a la interpretación real, a la del *hic et nunc*, para argumentar a favor del modelo explicativo del fenómeno de la comunicación, en general, y de la interpretación, en particular, que representa la teoría de la interpretación radical. Cf. Fodor, Jerry y Ernest LePore; «Is Radical Interpretation Possible?» en Tomberlin, *op. cit.*, pp. 101-119. Además, Cf., SINCLAIR, Robert; «What is Radical Interpretation? Davidson, Fodor, and the Naturalization of Philosophy», en *Inquiry*, vol. 45, n.º 2, 2002, pp. 161-184. En este artículo se encontrará una defensa de Davidson, recalándose, en contra de las objeciones de Fodor y LePore que, por un lado, el proyecto de la interpretación radical, en tanto prueba empírica de la teoría de la verdad como teoría del significado, no abandona el paradigma naturalista inaugurado por Quine que toma a la filosofía como continuo y no como fundamento de la ciencia, siendo, por decirlo así, un naturalismo que cabría etiquetar de «no esencialista» y, por otro, recalca que el proyecto de la interpretación radical no busca dar cuenta de cómo se entiende en realidad a un hablante, es decir, de cómo se da este fenómeno en tanto cuestión de hecho sino que, más bien, pretende investigar las condiciones mismas de posibilidad de la interpretación, aquellas sin las cuales ninguna sería posible, lo que se entiende por constreñimientos formales, empíricos y, aun, trascendentales (como el así llamado principio de caridad) de los que requiere un acto interpretativo para ser tal.

37 Principio introducido originalmente por N. Wilson, «Substances without Substrata», en *Review of Metaphysics*, n.º 12, 1959; pp. 521-539. Quine lo extrae de este artículo para elevarlo a máxima de su proyecto de traducción radical, y ordena evitar que la traducción acuse un sinsentido mayor al común en el pensamiento del hablante objeto de estudio, pues, de no tenerse este cuidado, se incurriría con suma facilidad en una mala traducción. Cf. Quine, Willard V.; *Word and Object*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1960, p. 59.



términos racionales a las expresiones del hablante, escogiendo condiciones de verdad que las hagan verdaderas y maximizando en la medida de lo posible el acuerdo entre sus creencias. Tal cosa no implica que se declare inmune de error el discurso del hablante. Por lo contrario, este procedimiento sirve para sentar un acuerdo extendido, el único trasfondo racional posible para dar origen a la disputa o interpretar cualquier error.<sup>38</sup> Davidson también ha presentado el principio de caridad de manera bifurcada, como Principio de Coherencia y Principio de Correspondencia. En el primer caso, el intérprete habrá de descubrir consistencia lógica en el pensamiento del hablante mientras que, en el segundo, deberá creer que éste responde a las mismas características del mundo, y que lo hace como él lo haría de encontrarse en circunstancias similares, atribuyéndole, así, creencias verdaderas. Pues es supuesto que el principio de caridad y los estándares interpretativos de coherencia discursiva y correspondencia con los hechos se aplican tanto al hablante como a su intérprete. Una interpretación radical exitosa, en suma, como la buscada por Davidson para justificar su semántica, atribuye al hablante interpretado una racionalidad básica.<sup>39</sup>

38 En palabras de Davidson: «To see too much unreason on the part of others is simply to undermine our ability to understand what it is they are so unreasonable about». Davidson, «Belief and the Basis of Meaning», p. 153. Además, Cf. DAVIDSON, «Truth and Meaning», p. 27.

39 Cf. DAVIDSON, Donald; «Three Varieties of Knowledge», en *Subjective, Intersubjective, Objective*. Nueva York: Oxford University Press, 2001, p. 211. En una exégesis crítica de los escritos de Davidson, LePore y Ludwig sugieren tres interpretaciones afines e interconectadas del Principio de Caridad. La primera, la Veracidad, es que, *aceteribus paribus*, las actitudes de asentimiento de un hablante dirigidas hacia oraciones ocasionales son verdaderas; la segunda, la Caridad, es que, *caeteris paribus*, las creencias de un hablante sobre su contexto son verdaderas; la tercera, el Acuerdo, es que, *ceteris paribus*, el hablante y el intérprete *deben de* estar de acuerdo. Cf. LEPORÉ Y LUDWIG, *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language and Reality*, pp. 185 y ss. Además, es conocida la reformulación del principio de caridad por parte de David Lewis, quien, modificando el proyecto radical de interpretación davidsoniano, introduce, además de aquél, cinco principios más (racionalización, veracidad, generatividad, manifestación y triangularidad). Entendido por Lewis, el principio de caridad no se limita a atribuir corrección gratuita al sujeto interpretado, pues, considerando su historia y acceso a la evidencia, a la vez que atribuirle coherencia y creencias verdaderas, también procede a adscribirle los errores y falsedades que nosotros, los intérpretes radicales, habríamos sostenido de estar en su lugar; así, pues, la caridad sería un principio que nos inhibe de atribuir verdad o falsedad a las creencias de un hablante sin considerar su posición, lo que, por supuesto, no presupone que se conozca de ante mano el significado de las expresiones a interpretar, pues, de lo contrario, no habría ninguna interpretación que llevar a cabo. Cf. Lewis, David; «Radical Interpretation», en *Philosophical Papers*. Nueva York: Oxford University Press, 1983, pp. 112 y ss.

### El tercer dogma del empirismo

En su realización, la teoría de la interpretación radical recién esbozada llega a sugerir que una comunidad de hablantes que comparta el mismo lenguaje, debe compartir también una visión del mundo en gran medida correcta. Pues, al ser el error de un sujeto comprensible tan sólo sobre la base de creencias que comparta con quien lo acuse de errado, si se *atribuye* un error masivo a la visión interpretada estamos refutando las pretensiones de validez de nuestro propio acto interpretativo. Sin un suelo proposicional común creado a partir del principio de caridad no hay lugar para la interpretación ni, mucho menos, para la disputa, y, por ello, la posibilidad de *atribuir* error total a otro es lógicamente nula. Esto, por supuesto, no quiere decir que se esté negando la posibilidad de que un individuo, una comunidad, o la humanidad en su conjunto, incurran en el error masivo, o que estén ahora mismo y sin salida inmersos en él, sino que es imposible que se *atribuya* a un sujeto este tipo de error. Nadie lo puede hacer, ni siquiera un intérprete omnisciente, pues, como se ha mostrado, la interpretación, y la consiguiente *atribución* de error, suponen creencias compartidas, no importa cuán pocas sean, y esto, a su vez, supone que el error del otro está en función del sistema de creencias que ambas partes tienen por verdadero y, así, que es un error únicamente parcial. En una palabra, si los humanos estuviesen equivocados por completo, ni el mismo Dios sería capaz de advertirlo, pues su condición de omnisciente lo ataría también a este error; y, yendo contra el aforismo de Demócrito establecido a estas alturas de la historia inclusive en el sentido común, se puede afirmar que *la falsedad es lo que yace en lo más profundo del pozo*, y la verdad lo que flota en su superficie y está al alcance de todos.

La enseñanza que Davidson extrae de este argumento es que, al revelar las características generales del lenguaje, vehículo de comunicación y de creencias nunca erradas por completo, se revela a fortiori las características de la realidad y el mundo. Por supuesto, esta concepción metafísica no supone una escisión entre lenguaje y realidad. La sugerencia se reduce a sostener que si las condiciones de verdad de oraciones se colocan en el contexto de una teoría comprensiva del lenguaje como la desarrollada en las secciones previas, la estructura lingüística que emerja reflejará las características generales de la realidad.<sup>40</sup> Es preciso tener tal cosa en cuenta para apreciar el alcance de la crítica davidsoniana en contra del tipo de

40 Cf. DAVIDSON, «The Method of Truth in Metaphysics», en *Inquiries*, p. 201.

empirismo que auspicia a la doctrina de la inconmensurabilidad entre esquemas conceptuales.

Sea como sistema de categorías que (in)forman los datos de la sensación o como manera de organizar la experiencia, la metáfora dominante y más recurrente del relativismo conceptual es la de los diferentes e igualmente válidos puntos de vista desde los cuales se puede contemplar un objeto. Para Davidson, esta metáfora encerraría una paradoja subyacente.<sup>41</sup> En efecto, sólo tiene sentido hablar de diferentes puntos de vista si hay un sistema común sobre el cual colocarlos de manera coordinada, lo que, por supuesto, refuta ipso facto la pretensión de inconmensurabilidad entre las distintas visiones de algo, ya que, aparte de aceptar que son visiones de un *algo* idéntico a sí mismo, y que, por tanto, subsiste independiente de las características incompatibles que uno y otro observador le atribuya, esta creencia se revela inconsistente al utilizar la noción de perspectiva para dar cuenta de la inconmensurabilidad, pues las perspectivas suponen un acuerdo común que identifique a un objeto como el mismo para todas; y si hay creencias compartidas, entonces no existe nada como la inconmensurabilidad, si lo que esto significa es la ausencia de un trasfondo común sobre el cual comparar las observaciones. Pero, claro, el relativismo conceptual puede ir más lejos y, admitiendo esta objeción, postular que la realidad es relativa a un esquema, es decir, que no hay puntos de vista, pues cada quien mira sólo su propio mundo inaccesible para otro.

Sin embargo, al ser analizada por Davidson, la noción de esquema conceptual no conlleva afirmaciones tan radicales y «excitantes» como las anteriores. En principio, en el caso de que tener un lenguaje equivalga a tener un esquema conceptual, donde difieran los esquemas conceptuales, también lo harían los lenguajes. Así, el cambio de paradigma del que hablan los historiadores de la ciencia influidos por la terminología de Kuhn se reduce a una cuestión inocua de cambio de significado, pues a pesar de ser la misma oración *O* la que se niega por falsa tras una revolución, no tiene el mismo significado que el que cuando se afirmaba como verdadera, dado que, al haberse alterado el esquema conceptual o paradigma, ahora pertenece a un nuevo lenguaje. Es simple y conocido desde antiguo: *La verdad de una oración es relativa al lenguaje al que pertenece.*<sup>42</sup> Y, al equiparar esquema conceptual y lenguaje, si es posible traducir un lenguaje a otro —lo que es una cuestión de hecho, entonces, hablantes de diferentes lenguajes que compartirían partes

41 Cf. DAVIDSON, «On the Very Idea of a Conceptual Scheme», en *ibid.*, p. 184.

42 Cf., *ibid.*, p. 189.

de un esquema conceptual, si no lo es todo. Pero esto invita a pensar que dos personas tendrían esquemas conceptuales inconmensurables si sus lenguajes no son traducibles entre sí. Al respecto, Davidson sugiere que la falla total en el proceso de traducción no tiene sentido, aunque sí pueda suponerse una falla parcial en donde un conjunto de oraciones se traduzca pero otro no. Debe entenderse que un lenguaje es sólo un lenguaje si puede traducirse de alguna manera a otro. La intraducibilidad global que postula alguien como el Kuhn de *La estructura de las revoluciones científicas*, para quien científicos haciendo uso de paradigmas diferentes trabajan en mundos diferentes, sólo es sostenible, pues, sobre la base de un dualismo esquema-contenido.

Aun cuando haya abandonado por ininteligible el dualismo analítico-sintético, y, junto con él, su concepción de significado, el presunto empirista sin dogmas conserva, no obstante, la idea de contenido empírico en la que se fundaba la distinción entre enunciados sintéticos, verdaderos o falsos en virtud de su significado y su *contenido*, y enunciados analíticos, verdaderos o falsos tan sólo a causa de su significado. Se llega, entonces, a concebir el contenido empírico haciendo referencia a los hechos, el mundo, la experiencia o la sensación. Y el lenguaje, en tanto esquema conceptual, sería el instrumento encargado de *organizar* este contenido empírico, sea el mundo o la experiencia. Así, el relativismo conceptual concluye que hablantes de diferentes lenguajes, aunque tengan aparatos sensibles similares por pertenecer a la misma especie animal, en este caso, la humana, no *organizan* de la misma manera la evidencia física que recogen. Esta tesis revela de inmediato un dualismo entre un sistema que organiza y algo esperando ser organizado. Este dualismo es el tercer dogma del empirismo, uno del que adolece fatalmente el propio Quine cuando sostiene que *descomponemos* la realidad en objetos identificables y discriminables.<sup>43</sup>

Ahora bien, si, como el relativista a la Kuhn sugiere, el esquema conceptual *organiza* el mundo o la experiencia, esto presupone que el mundo o la experiencia constan de particulares dados de antemano al proceso de *organizar*, pues no cabe pensar en que se *organice* un ente singular. Si esto es así, el relativista, yendo contra sus pretensiones epistemológicas de inconmensurabilidad, admite que existe un trasfondo ontológico dado y previo a la ontología producto de tal o cual esquema conceptual y que, por ello, sin «contaminación» categorial que medie, sería lo común entre diferentes esquemas, y el éxito en la traducción una cosa posible. Pero recuérdese que, en el caso de Quine, estamos frente a un instrumentalista que, antes de referir-

43 Cf. QUINE, «Hablando de objetos», p. 13.

se a los esquemas conceptuales como aquello que organiza la experiencia o el mundo, se refiere a la ciencia como esquema conceptual usado para predecir la experiencia futura sobre la base de experiencia sensorial pasada que puede ser confrontada con la evidencia actual. El «puesto cultural» (*cultural posit*) del que habla Quine como ente introducido por el esquema no es experiencia sensible. El dualismo esquema-contenido es, por tanto, manifiesto.

El argumento de Davidson contra la posibilidad de hacer inteligible la idea de esquemas conceptuales que difieran del todo es consecuencia de su teoría de la interpretación radical. Según ésta, el grado de diferencia entre oraciones de dos o más partes sólo sería comprensible en función del grado de creencias compartidas. Pues, tal como se plantea, la diferencia entre esquemas conceptuales se da cuando *organizamos* una misma evidencia de manera diferente que otros; siendo esto, acaso, una diferencia de *opinión*, más que de esquemas. Y si la interpretación radical, junto con el principio de caridad, nos enseña que no estamos en posición de afirmar que otros tienen *creencias* radicalmente distintas de las nuestras, lo mismo sucede, en este caso, con los *conceptos*. En resumen, no hay justificación racional para sostener la existencia de esquemas conceptuales inconmensurables. Ello, por supuesto, no implica afirmar que la humanidad ha compartido, comparte y compartirá un mismo esquema, ya que tan imposible como dar sentido a la idea de esquemas conceptuales por completo diferentes, lo es el dar sentido a la idea de que todos son uno. El pensador sin dogmas está compelido a desasirse de la creencia gratuita entre un esquema, por un lado, y una realidad no interpretada, en el otro extremo.<sup>44</sup> Es dudoso, desde luego, que lo que resulte de esto sea llamado empirismo.<sup>45</sup>

44 Cf., *op. cit.*, pp. 197 y ss.

45 Quine admite con ciertos reparos la crítica de Davidson pero, en general, la tiene como válida y es forzado a admitir, al igual que éste, que la traducibilidad es una noción inadecuada para defender las teorías de la inconmensurabilidad cultural. Al respecto ha dicho: «Si interpretamos el empirismo como una teoría de la verdad, entonces lo que Davidson le imputa como un tercer dogma está correctamente imputado y correctamente abandonado. En consecuencia, echamos por la borda al empirismo en tanto teoría de la verdad. Eso está bien. Sin embargo, como una teoría de la evidencia, el empirismo sigue con nosotros, pero, ciertamente, sin los dos viejos dogmas. El presunto tercer dogma, entendido ahora no en relación con la verdad, sino con la creencia justificada, permanece intacto. Tiene a la vez un aspecto descriptivo y un aspecto normativo, y en ninguno de estos aspectos me parece un dogma. Es lo que hace que el método científico sea parcialmente empírico y no únicamente una búsqueda de coherencia interna. Ha necesitado en verdad ciertos ajustes, y los ha recibido». Cf. QUINE, Willard Van Orman; «Sobre la idea misma de un tercer dogma», en *Teorías y cosas*, pp. 53-58, pp. 54 y ss.

